

vencillo por un puntito negro que sube por una montaña prodigiosa, á la cima de la cual llegará envejecido.

—¡Qué escalera de *efe*, cuerpo de Cristo!

—El único consuelo—decía aquel cabeza ligera de sargento—es pensar que es segura.

Subíamos poco á poco, callando durante largos espacios, con todas las apariencias de una profunda veneracion, como si subiéramos por la escalera de un alcázar en cuyo extremo nos aguardara un monarca de Oriente con nuestra fortuna en la mano.

Por un rato nos confortamos con los versos, y teniendo todavía alientos, empezamos á desembuchar exámetros; pero á medida que se acortaba la respiracion, íbamos suprimiendo sílabas hasta no recitar más que el famoso soneto frances:

Frele,

Belle,

Elle

Dort!

Y aún nos llegó á parecer esto excesivamente largo.

Los mismos *calemburs* caian al suelo derribados apenas salian de nuestras bocas. Por las barbacanas veíamos, allá abajo, pedazos verdes del

valle, blancos trozos del camino sobre el que se movian figuras humanas pequeñísimas; y á pocos metros de nosotros, por el aire, afortunados cubos de albañil que iban y venian en tres cuartos de hora, desde lo más alto de la fortaleza hasta el fondo del valle, movidos por un sistema especial de poleas.

De vez en cuando oíamos hablar á varios operarios genoveses y lombardos que trabajaban fuera, invisibles para nosotros. Dos ó tres veces se reunieron por la escalera y pasaron junto á nosotros, soldados que llevaban talegos y cestos y les seguimos hasta que desaparecieron en lo alto, con mirada llena de envidia por su ligereza de veinte años. El sargento, para prolongar nuestro suplicio, nos contaba la historia de un asno maravilloso, muerto recientemente, ciego y desgraciado, que verificaba muchas veces al dia aquella ascension, llevando provisiones á los fuertes altos, de donde bajaba por la misma escalera, siempre solo, sin romper nada y sin equivocar jamás el camino. El cuento era conmovedor y nosotros envidiábamos á aquel asno.

Y continuábamos subiendo, ansiosos y chorreando, representándonos el espectáculo de aquel camino secreto en los momentos de una defensa su-

prema, alumbrado por las antorchas de viento, castigado por las bombas, llena por los estallidos de los almacenes, atronada por los gritos de la lucha, y bañado por calientes riachuelos de sangre que se precipitaban en las tinieblas de peldaño en peldaño á enfriarse en el rostro de los moribundos...

Pero tambien la imaginacion respira. Para descansar algunos momentos sin que el sargento se apercibiera nos detuvimos como para admirar el valle.

¡Qué belleza! ó mejor ¡cuánta belleza! Teníamos verdadera pasion por el paisaje. Pero una rápida sonrisa suya, despertó en nosotros amarga sospecha, que nos impidió tambien aquel breve reposo.

—¡Señores!—exclamó el sargento á cierto punto.

—¡Ya no quedan más que ochocientos!

—¡Bah!—repuso Giacosa.—Es una miseria.—¡Y nada para nosotros!—añadió con un suspiro.

Pero despues estallamos en exclamaciones, en violentas imprecaciones, tirando abajo todos los personajes del calendario, poniéndonos alrededor del cuello el pañuelo chopado, furibundos contra Cárlos Manuel III y todos sus ingenieros. Expresé, sin embargo, á Giacosa mi extrañeza por verle

salir tambien de quicio, á él, tan apasionado alpinista.

—Pero, ¡qué diantre! El que sube, suda; siempre ha sucedido así.

A aquella altura las plantas de los piés se clavaban en la piedra; las piernas se metían en el cuerpo, y los brazos iban caidos como colgajos; quien nos hubiera contemplado desde abajo nos hubiera tomado por dos enfermos del espinazo que trepaban al santuario de la montaña á encomendarse á un santo. El viento soplaba cada vez más vivo, y llevaba hasta nosotros excelentes aromas de plantas resinosas; el terreno que se descubriría desde las barbancas debía ser delicioso; pero nosotros no nos deteníamos en nada.

Habíamos llegado á ese período estúpido de la fatiga, en el que, aun cuando nos hubieran puesto sobre los hombros todo el vocabulario de la Crusca, no nos quedaba en el cuerpo aliento para protestar. Y subíamos por fuerza de la inercia, con la barba en el pecho, con aquella lentitud fúnebre de los condenados del Dante, cuando el sargento, que iba buen trecho delante de nosotros, gritó:

—Todavía falta un cuarto de hora.

Yo comprendí *tres cuartos* y volviéndome hácia

Giacosa, que subía rezagado le pregunté con voz lamentable:

—¿Ha dicho *tres cuartos*?

Y Giacosa me repuso con potente voz;

Uno ei gridó, é d'un angelo

Mi parve la sua vozel.

Volvimos de nuevo á subir animados, á subir, á subir...

Pero ¡demonio! Era un cuarto de hora valiente, ó hinchado, como dicen los toscanos: no acababa nunca. Aquello era demasiado: la escalera era un prodigio. Teníamos que subir durante toda la vida por lo visto.

Y en el momento en que esto me decía, un nuevo tramo infinito, compuesto de centenares de escalones se levantaba ante nosotros, cubierto por una bóveda baja y lúgubre que se perdía en la oscuridad lejana de caverna...

¿Habíamos de continuar subiendo? nos preguntamos con voz estenuada, ¿Debíamos seguir marchando honradamente á pié, ó afrontar la infamia de sentarnos?

—¡Ya estamos, por fin!—gritó en aquel momento nuestro guía desde una puerta altísima señalada por una línea luminosa.

Entonces nos reunimos á él en pocos instantes y

salimos al aire libre, sobre una explanada bañada por el sol, enfrente de las montañas; y levantando los ojos para buscar la cima del monte, vimos delante otra série interminable de escaleras que se perdían en medio de las rocas.

*
*
*

Por algunos momentos, aquella blancura de la piedra bañada por el sol, quitó la luz á nuestros ojos. Despues, volvimos á emprender la ascension por la escalera llamada real, construida sobre la bóveda del camino cubierto; hermosa escalera de piedra sillería, por la cual subían los Reyes de Cerdeña, cuando iban á visitar los fuertes de la cima. Tampoco aquella subida era dulce, pero por la variedad de los espectáculos, agradabilísima.

Pasamos en medio á un grupo de casas semejantes á una aldea, con la correspondiente iglesia blanqueada, por tortuosos callejones flanqueados de altas paredes, por corredores húmedos y oscuros, por alegres plazoletas llenas de luz, siempre subiendo. Despues atravesamos un sitio estrañísimo, cien veces más estraño y más bello que las más originales creaciones de los novelistas.

De un pasadizo oscuro, abierto en aislada roca, se sale sobre un puente levadizo, desde el cual se

ven precipitar á derecha é izquierda, bajo aéreos arcos de dos ojos, los flancos escarpadísimos del monte, hasta una profundidad á la que no alcanza la vista. Así que se traspone el puente, se penetra en otro pasadizo oscuro, abierto en nueva roca tambien aislada y amurallada como un castillo, desde la cual se llega al segundo puente levadizo, estendido como aquel sobre dos abismos, en medio á otros dos arcos suspendidos en el vacío. Y sigue despues la tercera roca, y se vuelve á salir al tercer puente; tres bicocas solitarias de tres feudatarios hermanos, aliados, pero recelosos.

Del resto no se recuerda nada. Los almacenes, las casamatas, las baterías, los escalones oblicuos, los pasadizos, los desembocaderos, presentan tal apariencia de confusion, que ni siquiera un ingeniero militar en una rápida visita, creo que sacaría mucha utilidad.

Se sube, se sube siempre: esto lo recuerdo muy bien. Por las puertas entreabiertas se ven los almacenes llenos, rebosando de granadas cilíndricas, de granadas esféricas, de cajas de metralla, de *sbrapnel*, de bombas que tienen el aspecto de aguardar, aburriéndose el día del estallido. Aquí y allí, desde sus cuartitos abiertos hácia el interior en forma de templetes, los enormes cañones alargan su horrible cue-

llo fuera de las ventanillas cuadradas, como mirando curiosamente el valle, por si hay alguien de mala catadura á quien despachar.

Robustos soldados de artillería iban y venían entre las baterías y los almacenes, desempeñando las faenas domésticas de aquella extraña casa que recibe tan mal las visitas cuando se presentan en tropel; barrían las cureñas, pintaban de negro viejas granadas, amontonaban los cubos, acariciaban con la mano los cañones al pasar. Parecían aficionados á su fortaleza, como los marineros al navío y contentos de trabajar allí arriba, en aquella alta soledad, refrescados por el perfumado viento.

Poco á poco habíamos subido del fuerte de San Carlos, al del Tridente, de éste al reducto de Santa Bárbara, luego al de San Antonio y después al fuerte de San Telmo. Finalmente, tras de otro buen pechugon, llegamos al fuerte del valle el cual no tiene sobre sí otra cosa sino el cielo.

* * *

Y allí fuimos recompensados con usura de nuestros... poco nobles sudores.

El valle profundo que se extiende abajo y por el que la mirada vá recta y como aprisionada entre las cimas hasta la lejanísima llanura, donde se distinguen las manchas blancas de la ciudad bañada por el Póo; aquellas magníficas montañas que se elevan delante, el Albergán entre ellas, vestidas de espesísimos bosques negros, coronadas de nubes blancas y como cortadas por barrancos abruptos y salvajes, por los que corren las aguas semejantes á riachuelos de plata fundida; más lejos los otros montes altísimos y extraños teñidos por mil tonos cenicientos; y todo alrededor por las faldas de los montes y las colinas, aquellos innumerables tableros de ajedrez de los campos cultivados, todos iguales en magnitud; pero distintos por sus cien colores, amarillentos, verdes, rosados, dorados semejantes á alfombras de terciopelo

y seda estendidas para una fiesta misteriosa de un pueblo desconocido: hé aquí un espectáculo grande, severo, extraño, triste y bellissimo, que levanta el alma como un himno de guerra acompañado de música sagrada.

Toda aquella variedad de grandes líneas ásperas y violentamente quebradas, aquellos enormes ángulos, aquellas temerarias verticales, aquellos contornos grandiosamente desordenados, como amontonamiento formidable de derrumbados peñascos, dan la imágen de un lenguaje mudo que diga cosas solemnes y tremendas que se escuchan confusamente sin comprenderlas; pero que comprendidas harían temblar los huesos como la revelacion de un misterio sobrehumano.

Abajo, junto á la ciudad, se distinguen sobre una altura las dispersas ruinas del fuerte de Mutino, erigido por Luis XIV. A la parte opuesta, hácia la espalda de la fortaleza, casi al nivel del fuerte de los valles y al otro lado del altísimo puente levadizo, se extiende con dulce declive hácia Fenestrelle, la vasta pradera que Catinat hizo famosa invernando en ella, con 10.000 soldados en 1692; una bella extension de verdura que parece hecha para el descanso de un ejército, y que en el mes de Junio se esmalta de flores maravillosas, que la dan

el aspecto de un inmenso tapíz turco extendido para espléndido baile de reinas.

A ambos lados de la fortaleza, las vertientes del monte bajan casi cortadas á pico, erizadas de pinos y abetos que se arrastran hasta los piés de las cortinas de las murallas como para hacer preparar el asalto.

Véanse en el fondo del valle, aldeas grandes como la palma de la mano pobladas de hormigas; y el Chisone y el camino, como cintas plateadas y blancas, que serpentean por buen espacio, uno junto á otro y se ocultan despues entre los montes.

El profundo silencio del sitio apénas estaba turbado por el débil murmullo del torrente, casi avergonzado de su pobre caudal de aguas en medio de aquellas majestuosas imágenes de grandeza y de fuerza.

Las montañas estaban ya veladas aquí y allá por vastísimas sombras; grandes bosques se iban sumergiendo en temerosa oscuridad, mientras otros triunfaban dorados por el sol; y en tanto que las aldeas de las hondonadas caían en las sombras de la noche, las casas solitarias de las alturas brillaban como encendidas.

El día moría con sonrisa dulce y melancólica

y sobre una hermosa colina, situada á Poniente, se dibujaba como pequeño rasgo negro sobre el cielo, la más bella, la más memorable, la más querida cosa de cuantas abarcábamos con la mirada: el monumento á los muertos de Assietta.

*
*
*

Pero ¡qué estruendo del otro mundo deben producir allí dentro los cañonazos! Debe parecer el día del juicio, cuando saludan graciosamente el aniversario de la reina Margarita. ¡Y ha sido teatro de tan diversos tumultos en su vida este pequeño valle del que tantos italianos no conocen siquiera el nombre!

Mi amigo y yo logramos formarnos una idea, enfilando nuestro viejo antejo de soñadores por la tronera de un cañon, que recortaba en el fondo del valle un pequeño cuadro verde atravesado por un poco de camino y algunos palmos de torrente. Vimos pasar primero una multitud confusa, con grandes trompas curvas y con yelmos de bronce adornados con largas plumas negras, armada de lanzas cortas, de toscas dagas, de gruesos arcos, de anchos cuchillos y hondas, y en medio una altísima asta, rematada por un águila romana: nos pareció el ejército del Rey Cozio aliado del Im-

perio, que se desparramaba hasta los confines de su Estado, *finis terræ*, á explorar los montes amenazados por los galos. Despues vimos bajar de los montes otra inundacion armada con más hierro y más gravedad, ballesteros de alta estatura, caballeros de cascos lucientes, escuderos de largos jubones, infantes cargados de flechas, divididos en cuatro alas y cubiertos de escudos de cuero; y por los gritos agudos que hasta nosotros llegaban juzgamos que fuese el ejército del Delfin de Viena que marchaba contra Humberto el beato de Saboya, sembrando á su paso el incendio y la muerte. Y á ésta seguía los pasos otra multitud enteramente distinta: los secuaces de Valdo, arrojados de Francia; un precipitarse de mujeres, viejos, jóvenes, niños, cargados con ropas, seguidos por carretas destartaladas y jumentos fatigados, una lamentable fuga de miserias, de angustias y terrores que se desparrama y se pierde en breve tiempo por las rocas del monte, en la oscuridad del barranco.

Y poco despues, grande estruendo de tambores y trompetas, un jóven y valiente Rey con gran sombrero emplumado, caracoleando ante una muchedumbre de caballeros, una selva de lanzas con banderas, cañones y culebrinas arrastradas por larga fila de ca-

ballos y empujadas á fuerza de brazos, piqueros, alabarderos y arcabuceros, tipos normandos, picardos, gascones, borgoñones y suizos, vestidos de estraña y pomposa manera, el ejército espléndido é insolente de Francisco I que caía sobre Pinerolo, llenando el valle de gritos y de cantos alegres. Y despues de este, otro ejército enteramente distinto, un desfile lento y triste de regimientos con sombreros despenachados y enmohecidas armas; soldados fatigados y encorvados envueltos en rudas mantas, caballos cojeantes, banderas desteñidas por las nevadas y los aguaceros; el ejército de Catinat diezmado por el invierno y fatigado por las marchas y contramarchas, que iba buscando en silencio un refugio entre las montañas.

Y apenas desapareció aquel ejército, un repentino correr de baterías, un animado saltar de tricornios y coletas, griterío de oficiales, estrépito confuso de blasfemias piamontesas y Víctor Amadeo que perseguía á los artilleros animándoles con la espada, señalando el fuerte de Mutino, objetivo de aquella verdadera furia de huracán.

Y, por fin, dos procesiones opuestas de gente, que venían de Turín y de Francia, los huéspedes obligados de la fortaleza; el rostro temeroso del cardenal Pacca, asomado á la portezuela de un coche,

personajes de Estado caídos en desgracia del *hombre fatal*, pálidos y desolados, bajo las cabelleras desme- lenadas por los azares del viaje; cortesanos malévolos é insolentes del Rey de Cerdeña, escoltados por las clásicas grandes linternas de los carabineros; la muchedumbre encarnada y triste de los garibaldinos de Aspromonte, y juntamente con estos, centenares de oficiales de todas edades y cuerpos, enviados á veranear á Fenestrelle para que meditaran sobre la disciplina y seguidos por los suspiros de padres, acreedores y amantes...

¡Qué buen sitio, por Baco, para ir á espíar los pecados carnalescos! ¡Qué tristeza debían sentir aquellos pobres oficiales cuando miraban, con el rostro contra el vidrio, la nieve que caía en compactos copos sobre el valle blanco y desierto, pensando en las hermosas damas del Teatro Règio y en los ruidosos bailes de máscara de *Scribe!*

*
*
*

Apartamos el antejo de la tronera y volvimos de nuevo á mirar la fortaleza, la cual es todavía más bella y estraña, vista desde allí arriba que contemplada desde abajo. Véanse todas aquellas rocas y muros que se precipitan como á saltos, á sacudidas en bruscas vueltas, presentando mil ángulos y escorzos de reductos, de plataformas, puentes, bóvedas caminos tortuosos, fosos profundos, pero todo erigido, compacto, cerrado, tan espantoso, que á un enemigo de Italia que allí subiera debería parecer molesto hasta el pensamiento de tener un día entre su descendientes, un general encargado del asalto.

No es posible, mirando hácia abajo, librar la imaginación de la idea de una lucha tremenda, de tal modo la forma y el aspecto del monstruoso edificio espresa poderosamente la amenaza, la resistencia y la muerte.

Siempre parecen sentirse rugir de abajo las baterías ó ver entre las rocas y las casamatas sil-

bar las granadas de los asediantes, llevando en su seno tempestades de metralla, y soldados agonizando por la escalera, y abajo en el valle y por los costados del monte, saltar en el aire cajas de artillería, y masas de tropa dispersarse ahullando por los bosques, sembrados de restos triturados y miembros humanos.

Gózase al pensar que toda aquella fuerza inmóvil y maciza, que toda aquella montaña preñada de rayos, es nuestra, vela á la puerta de nuestra casa, pronta á vomitar el infierno al primer grito de alarma. Se goza al palpar amorosamente las piedras de las troneras, en las que uno se ha apoyado, extendiendo la caricia con el pensamiento á todo el larguísimo mónstruo agazapado y diciéndole:

—¡Buena guardia, viejo gigante solitario!

Pero ya no está solitario el viejo gigante. Su soledad no es más que apariencia. El tiene su correspondencia secreta y misteriosos acuerdos. Tiene hermanos, hijos, valientes avanzadas, espías perdidos en las nieblas, centinelas muertos que asoman la cabeza entre las brechas lejanas, una familia invisible muda y vigilante como él; y á una eñal suya, otras cimas de montes relampaguean, otros despeñaderos humean, otros valles retumban.

¡Ah! Es una orquesta bien afinada, un concierto, os lo aseguro, capaz de hacer temblar las tripas en el cuerpo al más valiente. Ahora está allí, pesado, con los ojos entornados, como los gatos, gozando el calor del sol. Pero os aconsejo que lo dejéis en paz. ¡Cuán bello debe ser, cómo debe cambiar por completo al aspirar el olor de la pólvora!

Hé aquí un agudo vientecillo frío que corre desde el fuerte del valle hasta el fortín de Carlos Alberto, un zumbido como de enorme colmena se esparea por todos lados, los soldados se precipitan y bajan por las cien escaleras como cabras, los cañones de refuerzo se arrastran armando gran estrépito por el camino cubierto arriba, los colosos de acero avanzan la cabeza sobre los precipicios, las barbacanas se animan con miradas humanas, hablan los hilos eléctricos, las casamatas se abren enteramente, los puentes crujen, se izan las banderas, mil ojos y mil manos observan, examinan, prueban, cierran, forman barricadas... Y á esto sucede un profundo silencio, en el que todos cambian con la mirada este pensamiento:

—¡Hasta la muerte!

* *

Desde allí descendimos al reducto de San Telmo con algunos bravos subalternos, y entramos en una curiosa cantina formada por un salon ancho y ahumado, con un artesonado muy bajo compuesto de gruesas vigas, de las cuales penden pellejos de cabra llenos de vino; un facsímile de hostería de cuadro flamenco dirigido por un tabernero singular, un tipo de Steen, algo ceremonioso, como cumple á un tabernero de fortaleza, y grave, como si en su bolsillo tuviera las llaves de la puerta de Italia.

Pareciome que se debía experimentar cierto placer en estar allí arrellanado junto al fuego, con la pipa en la boca, durante las noches de invierno, cuando el frío es capaz de helar las piedras y ahullan por el monte las fieras imaginarias del Cardenal Pacca. Permanecimos allí un instante entretenidos, como dice Boccaccio, con "el bienestar del trinquis" y por la aguda con-

carsacion de nuestros huéspedes. Uno de ellos particularmente, un furriel instruido y cortés, tuvo una salida amensísima. Preguntado de qué provincia era, nos dijo el nombre de un Ayuntamiento del Piamonte, añadiendo:

—Donde veraneó Fulano de Tal.

Y el veraneante por casualidad era uno de nosotros. Pero habiéndole dicho el otro:

—Hé aquí, pues, á Fulano de Tal.

—¡Bah!—repuso él haciendo un gesto muy expresivo.—No lo creo *aunque me den cien mil pesetas*.

No teniendo la suma disponible para hacer la prueba, intentamos persuadirle por otro medio, y despues de mucho trabajo pareció que habíamos conseguido el objeto; pero él continuó mirándonos á los dos con cierta sonrisita de desconfianza, como si quisiera decir:

—Estos caballeros tienen aspecto de verdaderos farsantes.

Un compañero suyo, ménos incrédulo, nos contaba en tanto lá pequeña maravilla de los pichones del fuerte. El estaba encargado de amaestrarlos. Llevaba consigo todas las semanas su graciosa comitiva alada, á pueblos, cada vez más lejanos; le daba libertad en medio de la plaza y despues se volvía á Fenestrelle, á donde sus edu-

candos habian llegado muchas horas ántes, despues de haber recorrido 80 kilómetros en sesenta minutos.

Rara vez llegaban todas; algunas caian durante el viaje heridas por los cazadores; otras se extraviaban ó se iban en busca de aventuras y llegaban más tarde; pero la mayor parte, despues de haber dado una vuelta, con incertidumbre, por la plaza, tomaban el camino recto y volvian á la fortaleza de un vuelo. Y el sargento nos indicaba en el fuerte de San Carlos, la ventana en que tenía su palomar, no diciendo, pero pensando con justicia:

—Tambien yo hago por mi pátria; educo para ella servidores útiles, desinteresados y fieles.

* * *

Desde el fuerte de San Telmo bajamos por un camino exterior que describe 36 curvas á través de un bosque de pinos, en medio de cien variedades de campanillas, sirpolas, escabiosas, de flores alpinas de todos colores, á la contemplacion de las cuales, siendo el camino desigual y escabroso, tuve que renunciar por completo con gran sentimiento, para dedicarme todo entero á la conservacion de mi dignidad vertical.

En la *Rosa Encarnada* encontramos buen número de gente de la montaña sentada á la mesa, conversando en alta voz, en su gracioso dialecto mezclado de piamontés, francés y provenzal, no del todo desagradable al oido y lleno de pintorescas imágenes. Hablaban de oficiales franceses disfrazados que vagaban por los contornos. Allí, junto á la frontera, el sentimiento pátrio está constantemente excitado por el recuerdo siempre vivo de la guerra con los franceses, y más todavía, por

aquel continuo cruzarse de curiosidades sospechosas, de pequeñas desconfianzas y despechos, que es casi continuo entre las tierras limítrofes de dos grandes estados, aun en tiempo de buena armonía.

Se os habla siempre de la guerra, como de un suceso, no solo probable, sino próximo; y cada cual vigila por cuenta propia. El servicio de confianzas se cumple espontáneamente, con tan cuidadosa prontitud, que si un extranjero de dudoso aspecto, almuerza por la mañana á las nueve en una posada de la frontera, se sabe en el fuerte lo que ha comido, antes de ponerse en el sol.

La fortaleza es el objeto de todas las conversaciones, el argumento puesto sobre el tapete con cualquier propósito, la imagen que se levanta junto á todas las imágenes, como el mar en las poblaciones marítimas.

Los fenestrelleses lo miran y lo enseñan con expresión mixta de respeto, de afecto y de altivez. Son todavía viejos piamonteses del tiempo de Víctor Amadeo II y Carlos Manuel III, aficionados á sus montes, altivos con sus tradiciones, soldados en espíritu, afectos á la dinastía y bebedores de corazón, de un vino limpio y seco, que hace desbordar de sus corazones en notas agudas y alegres, las canciones patrióticas del Assietta. ¡Con qué placer pasa-

mos una hora entre ellos, oyéndolos hablar de la defensa de Italia con sentimiento de fé y de orgullo! ¡Y cuán bellos son siempre esas reducidas hosterías de poblaciones solitarias, con sus patiecillos llenos de carros, atestados de gente y de estrépito á la llegada de la diligencia, adornados con los arados y perfumados por el heno, resonantes de ladridos de perros y relinchos de caballos.

Cuando se marcha uno á media noche, con los faroles encendidos ya y la manta sobre las rodillas, el latigazo de aviso del cochero, hace siempre nacer gran confusión: los niños corren, los huéspedes se asoman á las ventanas con la tohalla al cuello, las muchachas de la casa, acuden á desear buen viaje y los saludos tienen algo de cordial y poético que no se encuentra en ningun lado, viajando por el camino de hierro.

Esto decíamos mi amigo y yo recorriendo rápidamente el largo camino real de Fenestrelle, alegres y satisfechos de nuestra jornada; pero el espectáculo de la enorme fortaleza negra, que dibujaba sus soberbios contornos sobre el estrellado cielo, nos hizo callar repentinamente. En la mente de ámbos, expresamos con las mismas palabras, el saludo silencioso que le enviamos entrando en la oscuridad del valle.

—¡Adios, bella roca italiana, fiel baluarte de nuestros Alpes. No te veremos más; pero estarás siempre á nuestra vista y la de nuestros hijos y los hijos de ellos, guardian inmóvil y magnífico de nuestra independencia y nuestro honor. Esfuérzate todavía y continúa dilatando tus miembros, como un adolescente titán. Y cuando llegue el día de la prueba, será para tí un día de gloria espléndida y pura, como la nieve de tus montañas bañadas por el sol de primavera, tu nombre será sagrad para la patria, y de todos los corazones de Italia, se elevará el grito de gratitud á bendecir las piedras de tus murallas y la sangre de tus defensores.



MANUEL FILIBERTO EN PINEROLO

